

PARTE TERCERA

EVA Y DAVID

Al día siguiente, Luciano fué á visar su pasaporte, compró un bastón de acebo y tomó en la plaza de la calle del Infierno un asiento en un coche que por dos reales le llevó á Lonjumeau. Después de la primera jornada, fué á dormir á la cuadra de una quinta, á dos leguas de Arpajón. Cuando hubo llegado á Orleáns se encontró ya muy cansado; pero por tres francos un batelero le llevó á Tours, y durante el camino sólo gastó dos francos en comida. Luciano fué en cinco días de Tours á Poitiers. Más allá de Poitiers no poseía ya más que cinco francos; pero procuró sacar fuerzas de flaqueza para continuar el camino. Un día Luciano, sorprendido por la noche en una llanura, resolvió pernoctar en ella, cuando percibió desde el fondo de un barranco una calesa que subía por una cuesta. Sin que lo supiese el postillón, los viajeros y un ayuda de cámara colocado en el pescante, Luciano pudo agazaparse en la trasera entre dos fardos y se durmió, colocándose de manera que pudiera resistir los vaivenes del coche. Despertado al amanecer, por el sol que le daba en los ojos, y por un ruido de voces, reconoció Mansle, pueblecito donde, diez y ocho meses antes, había ido á esperar á la señora de Bargetón con el corazón lleno de amor, de esperanza y alegría. Al verse cubierto de polvo en medio de un círculo de curiosos y de postillones, comprendió que debía ser objeto de alguna acusación, y saltando del coche iba á hablar, cuando los dos viajeros que ocupaban la calesa le cortaron la palabra. Eran éstos el nuevo prefecto de la Charente, conde Sixto del Chatelet y su mujer Luisa de Negrepelisse.

—¡Qué lástima que no hubiéramos sabido el compañero de viaje que nos deparaba la casualidad!—dijo la condesa.
—¡Iba usted con nosotros, caballero?

Luciano saludó fríamente á aquella pareja, dirigiéndole una mirada humilde y amenazadora á la vez, y tomó un camino que había á un lado de la carretera, á fin de llegar á una quinta donde pudo almorzar pan y leche, descansar y deliberar acerca de su porvenir. Aún le quedaban tres francos. El autor de las *Margaritas*, movido por la fiebre, corrió durante mucho tiempo, y siguió el curso del río, examinando la posición de los lugares, que iban siendo cada vez más pintorescos. A eso del mediodía, llegó á un sitio en que el agua, rodeada de sauces, formaba una especie de lago, y se detuvo allí para contemplar aquel fresco y tupido recinto cuya gracia campestre le conmovió. Una casa contigua á un molino, situada sobre un brazo del río, mostraba á través de los árboles su tejado de rastrojo, adornado de siemprevivas. Aquella sencilla fachada tenía por únicos adornos algunos zarzales de jazmín, de madreseña y de lúpulo, y en torno suyo brillaban las flores y las plantas más espléndidas. Sobre la calzada vió el poeta unas redes tendidas al sol. Algunos patos nadaban en el claro estanque situado al otro lado del molino, entre las dos corrientes de agua. El molino producía penetrante ruido, y en un banco rústico el poeta vió á una buena mujer haciendo calceta y que cuidaba á un niño que se entretenía en atormentar á las gallinas.

—Buena mujer—dijo Luciano dirigiéndose á ella,—estoy muy cansado, tengo fiebre y sólo poseo tres francos. ¿Quiere usted alimentarme con pan y leche y dejarme dormir en la paja durante una semana? Así habré tenido tiempo de escribir á mis parientes, y éstos me enviarán dinero ó vendrán á buscarme aquí.

—Si mi marido quiere, con mucho gusto—respondió la mujer.—¡Eh! ¡mi hombre!

El molinero salió, miró á Luciano y se quitó la pipa de la boca para decir:

—¿Tres francos por una semana? Vale más no cobrarle nada.

—Tal vez acabaré siendo mozo de molino—se dijo el poeta contemplando aquel delicioso paisaje antes de acostarse en la cama que le hizo la molinera, donde durmió de un modo que asustó á sus huéspedes.

—Courtis, vete á ver si ese joven está muerto ó vivo, porque hace ya catorce horas que se ha acostado y yo no me atrevo á ir—dijo la molinera á las doce del día siguiente.

—Yo creo que ese guapo muchacho podría muy bien ser un cómico sin un céntimo—respondió el molinero á su mujer mientras extendía sus redes y preparaba los butrinos para la pesca.

—¿En qué te fundas para decir eso?—le preguntó la molinera.

—¡Diantre! si no es un príncipe, ni un ministro, ni un diputado, ni un obispo ¿por qué están sus manos tan blancas como las de un hombre que no hace nada?

—De todos modos, es asombroso que no le despierte el hambre—dijo la molinera, que había preparado un almuerzo para el huésped que la casualidad les había deparado la víspera.—¿Un cómico? ¿Adónde demonios quieres que vaya, no siendo aún la feria de Angulema?

Ni el molinero ni la molinera podían sospechar que, además del cómico, del príncipe y del obispo, existe el hombre que es, á la vez, príncipe y cómico, el ser revestido de magnífico sacerdocio, el poeta que parece no hacer nada y que, sin embargo, reina sobre la humanidad cuando ha sabido pintarla.

—Pues ¿qué podrá ser?—dijo Courtis á su mujer.

—¿Habrá peligro de tenerlo en casa?—preguntó la molinera.

—¡Bah! los ladrones tienen otras trazas, y si él lo fuera, ya ha tenido tiempo para robarnos—repuso el molinero.

—No soy príncipe, ni ladrón, ni obispo, ni cómico—dijo tristemente Luciano, que se presentó de pronto, después de haber oído sin duda por la ventana el coloquio de los dos esposos.—Soy un pobre joven cansado que viene á pie desde París. Me llamo Luciano de Rubempré y soy hijo del señor Chardón, predecesor de Postel, farmacéutico del Houmeau. Mi hermana se casó con David Sechard, impresor de la plaza del Murier, en Angulema.

—¡Ah!—dijo el molinero,—diga usted: ¿ese impresor no es el hijo de un viejo avaro, dueño de la posesión de Marsac?

—Precisamente—respondió Luciano.

—¡Vaya un padre!—repuso Courtis.—Según dicen, su hijo se ve obligado á venderlo todo y él se niega á darle

nada, á pesar de tener más de doscientos mil francos en bienes, sin contar los ahorros.

Cuando el alma y el cuerpo han sufrido una larga y dolorosa lucha, al agotamiento de las fuerzas sigue la muerte ó un anonadamiento semejante á ésta; pero las naturalezas capaces de resistir tal golpe suelen recobrar pronto las fuerzas. Luciano, que era presa de una crisis de este género, pareció próximo á sucumbir en el momento en que supo, aunque vagamente, la noticia de una catástrofe ocurrida á David Sechard, su cuñado.

—¡Oh, hermana mía!—exclamó—¿qué te he hecho? ¡Soy un infame!

Y acto continuo se dejó caer sobre un banco de madera, pálido y débil como un moribundo. La molinera se apresuró á llevarle una taza de leche y le obligó á beberla; pero Luciano rogó al molinero que le ayudase á meterse en la cama, al mismo tiempo que le pedía perdón por las molestias que le iba á ocasionar su muerte, pues creía llegada su última hora. Al creer próximo el fantasma de la muerte, aquel gracioso poeta se sintió invadido por ideas religiosas y pidió un cura para confesarse y recibir los sacramentos. Tales quejas, exhaladas con voz débil por un muchacho dotado de encantadora figura, conmovieron vivamente á la señora de Courtois, la cual le dijo á su marido:

—Mira, Courtois, monta á caballo y véte á buscar al señor Marrón, médico de Marsac. El verá lo que tiene este joven, que me parece que no está muy bien, y al mismo tiempo llama también al cura. Como Postel es yerno de Marrón, tal vez sepa éste mejor que tú lo que le pasa á ese impresor de la plaza del Murier.

Courtois partió, y la molinera, movida, como todas las gentes del campo, por la idea de que toda enfermedad exige alimento, restableció á Luciano, el cual no opuso resistencia, abandonándose á violentos remordimientos que le salvaron de su abatimiento por la revulsión que le produjo esta especie de tónico moral.

El molino de los consortes Courtois estaba situado á una legua de Marsac, cabeza de partido, y á mitad del camino de Mansle y de Angulema. Así es que el buen molinero no tardó en presentarse con el médico y el cura de Marsac. Estas dos personas habían oído hablar de las relaciones de Luciano con la señora de Bargetón, y como todo el depar-

tamento de la Charente hablaba en aquel momento del matrimonio de esta dama y de su entrada en Angulema con el nuevo prefecto, conde Sixto del Chatelet, al saber que Luciano estaba en casa del molinero, lo mismo el médico que el cura sintieron grandes deseos de conocer las razones que habían impedido á la viuda del señor Bargetón casarse con el joven poeta, con quien había huído, y de saber si éste volvía á su país para socorrer á su cuñado David Sechard. La curiosidad, la humanidad, todo contribuía, pues, á que el moribundo poeta fuese auxiliado prontamente; de suerte que, dos horas después de la marcha de Courtois, Luciano oyó en la pedregosa calzada del molino el ruido producido por el mal cabriolé del médico de aldea. Como el médico era sobrino del cura, los señores Marrón se presentaron juntos; de modo que Luciano vió en aquel momento en su presencia á gentes tan relacionadas con el padre de David Sechard, como suelen serlo los vecinos de una misma aldea. Cuando el médico observaba al moribundo tomándole el pulso y examinándole la lengua, miró á la molinera sonriendo de un modo que disipaba toda inquietud, y le dijo:

—Señora Courtois, como no dudo que tendrá usted en su bodega alguna buena botella de vino y en su alacena alguna anguila, sírvaselas al enfermo, cuya dolencia no es más que cansancio. Hecho esto, nuestro buen hombre no tardará en estar de pie.

—¡Ah, señor!—dijo Luciano,—mi mal no está en el cuerpo sino en el alma. Estas buenas gentes me han matado al anunciarme desastres ocurridos en casa de mi hermana, la señora Sechard. Usted, que, según la señora Courtois, ha casado á su hija con Portel, debe saber la situación de David Sechard. ¡Dígame, por Dios!

—Sechard debe estar en la cárcel—respondió el médico.—Su padre se ha negado á auxiliarle...

—¡En la cárcel!—repuso Luciano,—y ¿por qué?

—Por unos tráficos hechos en París, tráficos de los cuales se habrá olvidado sin duda, pues corren rumores de que no está muy bueno de la cabeza—respondió el señor Marrón.

—Señores, les ruego que me dejen á solas con el señor cura—dijo el poeta, cuyo rostro se alteró gravemente.

El médico, el molinero y su mujer salieron, y cuando Luciano se vió solo con el anciano sacerdote, exclamó:

—Padre, merezco la muerte que siento venir, porque soy

un gran miserable que no tengo más recurso que arrojarme en los brazos de la religión. Señor, yo soy el verdugo de mi hermana y de mi hermano, pues David Sechard es para mí un hermano. Yo he hecho las letras que David no puede pagar, yo le he arruinado. En medio de la horrible miseria en que me hallaba, olvidaba este crimen. Las persecuciones que se hicieron á causa de estas letras, cesaron mediante la intervención de un millonario, y yo creí que éste las había pagado, en cuyo caso nada hubiera ocurrido.

A continuación Luciano refirió sus desgracias, y cuando hubo acabado de contar aquel poema digno verdaderamente de un poeta, suplicó al cura que fuese á Angulema y que viese á su hermana Eva y á su madre la señora Chardón, á fin de saber el verdadero estado de las cosas y si él podía aún remediarlas.

—Padre, podré vivir hasta que usted vuelva—dijo llorando á lágrima viva.—Si mi madre, mi hermana y David no me rechazaran, aun no moriré.

La elocuencia del parisiense, aquel espantoso remordimiento, aquel hermoso joven pálido y moribundo de desesperación, el relato de sus infortunios, superiores á las fuerzas humanas, todo excitó la piedad y el interés del cura.

—Hijo mío—le dijo el sacerdote,—lo mismo en provincias que en París, debe creerse únicamente en la mitad de lo que se dice. No se asuste usted por un rumor que, á tres leguas de Angulema, debe de ser erróneo. El anciano Sechard, nuestro vecino, se fué de Marsac hace algunos días, y probablemente se ocupa en arreglar los negocios de su hijo. Yo me voy á Angulema y volveré á decirle si puede usted ó no volver al seno de su familia.

El cura no sabía que, en diez y ocho meses, Luciano se había arrepentido tantas veces, que, por grande que fuese su remordimiento, no tenía más valor que el de una escena representada con tanta más perfección, cuanto que lo hacía de buena fe. El médico sucedió al cura. Reconociendo en el enfermo una crisis nerviosa cuyo peligro empezaba á desaparecer, el sobrino estaba tan cariñoso como lo había estado el tío, y acabó por determinar á su enfermo á restablecerse.

El cura, que conocía el país y sus costumbres, se trasladó á Mansle, y esperando allí el coche de Ruffec á Angulema, que no debía tardar en pasar, tomó en él un asiento. El an-

ciano sacerdote contaba pedir informes de David Sechard á su sobrino Postel, el farmacéutico del Houmeau, que había sido rival del impresor en sus amores con la hermosa Eva. Al ver las precauciones que tomó el pequeño farmacéutico para ayudar al anciano cura á bajar de la horrible diligencia que hacía entonces el servicio de Ruffec á Angulema, el espectador más obtuso hubiera adivinado que los esposos Postel esperaban heredarle.

—¿Ha almorzado usted? ¿quiere usted algo? No le esperábamos y nos ha procurado usted una agradable sorpresa. Le hicieron mil preguntas á la vez.

La señora Postel estaba realmente predestinada á ser la mujer de un farmacéutico del Houmeau. Dotada de la misma estatura que el pequeño Postel, tenía el rostro colorado de una muchacha educada en el campo, su figura era muy vulgar, y toda su belleza consistía en una gran frescura. Su roja cabellera, sus modales y su lenguaje apropiado á la sencillez grabada en las facciones de una cara redonda; sus ojos casi amarillos, todo decía en ella que se había casado á causa de sus esperanzas de fortuna. Hacía ya un año que se había casado, y todo en ella denotaba que se había hecho dueña completa de Postel, el cual tal vez se consideraba demasiado feliz habiendo encontrado aquella heredera. La señora Leonia Marrón de Postel amamantaba un hijo, que era la única ilusión del anciano cura, del médico y de Postel; niño horrible que se parecía en todo á su padre y á su madre.

—Bueno, tío, ¿qué viene usted á hacer á Angulema, si no quiere tomar nada y nos habla de marcharse en seguida?—dijo Leonia.

Tan pronto como el digno eclesiástico hubo pronunciado el nombre de Eva y de David Sechard, Postel se ruborizó, y Leonia dirigió á su maridito esa obligada mirada de celos que una mujer completamente dueña de su marido no deja de sentir nunca por el pasado, en interés de su porvenir.

—Pero, tío, ¿qué le han hecho á usted esas gentes para que se mezcle en sus asuntos?—dijo Leonia con visible acritud.

—Hija mía, son desgraciados—respondió el cura explicando á Postel el estado en que se hallaba Luciano en casa de los Courtois.

—¡Ah! ¡en buena situación vuelve de París!—exclamó

UNIVERSIDAD DE MENDOZA
BIBLIOTECA CENTRAL
ALFONSO REYES
INDO. 1625 MONTABREY, MENDOZA

Postel.—¡Pobre muchacho! Tenía talento, pero era ambicioso, y ha ido por lana y ha vuelto trasquilado. Pero, ¿qué viene á hacer aquí? Su hermana está en la más espantosa miseria, pues todos esos genios, lo mismo David que Luciano, no sirven para el comercio. Hemos hablado de él en el tribunal del comercio, y yo, como juez, he tenido que firmar su sentencia... Bastante lo he sentido. En las circunstancias actuales, no sé si Luciano podrá venir á casa de su hermana; pero, en todo caso, el cuartito que ocupaba aquí está libre, y yo se lo ofrezco gustoso.

—Bien, Postel—dijo el cura poniéndose el sombrero y disponiéndose á salir de la botica, después de haber besado al niño, que dormía en brazos de Leonia.

—Tío, ¿supongo que comerá usted con nosotros?—dijo la señora Postel,—pues no acabará usted tan pronto como supone, si quiere arreglar los negocios de esa gente. Mi marido le llevará á usted en su coche.

Los dos esposos contemplaron á su precioso tío, mientras éste se encaminaba hacia Angulema.

—Para la edad que tiene, se conserva muy bien—dijo el farmacéutico.

Mientras que el venerable eclesiástico sube las cuestas de Angulema, creemos necesario explicar aquí la situación en que iba á encontrar á la desgraciada familia de Sechard.

Después de la marcha de Luciano, David Sechard, aquel buey valeroso é inteligente como el que los pintores atribuyen por compañero al evangelista, quiso hacer rápidamente la gran fortuna que había deseado, más bien que por él, por Eva y por Luciano, aquella noche en que, sentado á orillas del Charente al lado de Eva, ésta le dió su mano y su corazón. Poner á su mujer en la esfera de elegancia y de riqueza en que debía vivir, sostener con su poderoso brazo la ambición de su hermano, tal fué el programa escrito con letras de fuego ante sus ojos. Los periódicos, la política, el inmenso desarrollo de la librería y de la literatura, el de las ciencias, la inclinación á discutir públicamente todos los intereses del país, todo el movimiento social que se declaró cuando la Restauración pareció asegurada, iba á exigir una producción de papel, casi diez veces mayor, comparada con la cantidad con que especuló el célebre Ouvrard al empezar la Revolución, guiado por análogos motivos. Pero en 1821, las fábricas de papel eran demasiado numerosas en

Francia para que nadie pudiese proyectar hacerse dueño exclusivo de ellas, como hizo Ouvrard, el cual se apoderó de las principales fábricas, después de haber acaparado sus productos. Por otra parte, David no tenía la audacia ni el capital necesario para semejante especulación. En aquel momento, las máquinas de hacer papel de todos los tamaños comenzaban á funcionar en Inglaterra; así es que nada era más necesario que adaptar la fabricación del papel á las necesidades de la civilización francesa, la cual amenazaba extender la discusión á todo, y descansar en la perpetua manifestación del pensamiento individual, lo cual es una verdadera desgracia, pues los pueblos que discuten mucho obran poco. Asimismo, ¡cosa extraña! mientras que Luciano entraba en el periodismo arriesgándose á dejar en él su honor y su inteligencia, David Sechard, desde el fondo de su imprenta, estudiaba el movimiento de la prensa periódica desde el punto de vista de sus consecuencias materiales, quería poner los medios en armonía con el resultado á que aspiraba el espíritu del siglo, y, por otra parte, veía tan claro buscando una fortuna en la fabricación de papel á bajo precio, que los acontecimientos justificaron su previsión. Durante aquellos quince últimos años, las oficinas encargadas de expedir privilegios de invención registraron más de cien instancias de pretendidos inventores de substancias nuevas para la fabricación de papel. Más seguro que nunca de la utilidad de este descubrimiento poco glorioso, pero de inmenso provecho, David, después de la marcha de su cuñado á París, fué presa de la constante preocupación que debía causar este problema al que quería resolverlo. Como había agotado todos sus recursos para casarse y para atender á los gastos de viaje de Luciano á París, se vió, al principio de su matrimonio, en la más profunda miseria, y aunque había guardado mil francos para las necesidades de la imprenta, le debía una letra de igual suma á Postel, el farmacéutico; así es que, para aquel profundo pensador, el problema fué doble: era preciso inventar é inventar en seguida, y era necesario adaptar los provechos del descubrimiento á las necesidades de su hogar y de su comercio. Ahora bien, ¿qué epíteto dar al cerebro capaz de sacudir las crueles preocupaciones que causan la indigencia oculta, el espectáculo de una familia sin pan y las exigencias periódicas de una profesión tan meticulosa como la de impresor, al mismo

tiempo que recorre los dominios de lo desconocido, con el ardor y la embriaguez del sabio que persigue un secreto que de día en día se escapa á las más sutiles indagaciones? ¡Ay de mí como se va á ver, los inventores tienen que soportar otros males, sin contar la ingratitud de las masas de ociosos y de incapaces, los cuales suelen decir del hombre de genio: «Había nacido para ser inventor, y no podía ser otra cosa. No hay que alabar su descubrimiento, como no puede alabarse á un hombre por haber nacido príncipe. Ha empleado sus facultades naturales, y, por otra parte, encuentra la recompensa en el trabajo mismo.»

El matrimonio causa á una joven profundas perturbaciones morales y físicas; pero, casándose en las condiciones de la clase media, tiene, además, que estudiar intereses completamente nuevos para ella é iniciarse en los negocios, y de aquí una fase en que se ve obligada á permanecer en observación sin obrar. Desgraciadamente, el amor que David sentía por su mujer retardó la educación de ésta, pues el impresor no se atrevió á decirle el estado de sus asuntos al día siguiente de su boda ni en los sucesivos. No obstante la angustia profunda á que le condenaba la avaricia de su padre, el pobre impresor no pudo resolverse á amargar su luna de miel con el triste aprendizaje de su profesión laboriosa y con las enseñanzas necesarias á la mujer de un comerciante; de suerte que los mil francos fueron devorados más bien por los gastos del hogar que por la imprenta. La indiferencia de David y la ignorancia de su mujer duró tres meses, y el despertar fué horrible. Al vencer la letra suscrita por David á Postel, el matrimonio se encontró sin dinero, y Eva conocía sobradamente la causa de aquella deuda para que no sacrificase por ella sus joyas de novia y sus cubiertos de plata. La tarde misma que se realizó el pago de aquel efecto, Eva quiso hacerle hablar á David de sus negocios. Desde el segundo mes de su matrimonio, David pasaba la mayor parte del día en el cobertizo situado en el fondo del patio. Tres meses después de su llegada á Angulema, el impresor había sustituido los ovillos de dar tinta á los caracteres por el tintero con mesa y con cilindro, con el cual la tinta se distribuye por medio de unos rodillos compuestos de cola fuerte y de melaza. Este primer perfeccionamiento de la tipografía fué tan indudable, que inmediatamente después de haber visto sus efectos, los hermanos Cointet lo adoptaron. David

había adosado un hornillo con caldera de cobre á la pared medianera de aquella especie de cobertizo, con el pretexto de gastar menos carbón. No sólo puso á aquella pieza una sólida puerta de encina guarnecida interiormente de hierro, sino que, además, reemplazó los sucios cristales de la vidriera por donde entraba la luz, por vidrios acanalados, á fin de que no pudiese verse desde fuera el objeto de sus ocupaciones. A la primera palabra que dijo Eva á David referente á su porvenir, éste la miró con aire inquieto y la interrumpió con estas palabras:

—Hija mía, ya sé los temores que deben inspirarte la vista de un taller desierto y la especie de anonadamiento comercial en que me ves; pero mira—añadió llevándola á la ventana de su cuarto y enseñándole el misterioso cobertizo,—nuestra fortuna está allí... Tendremos que sufrir aún algunos meses; pero suframos con paciencia y déjame resolver el problema industrial que ya conoces y que hará cesar todas nuestras miserias.

David era tan bueno, que la pobre mujer, preocupada como todas por el gasto cotidiano, se propuso aliviar á su marido del trabajo de la casa, y dejó el bonito cuarto azul y blanco donde se entregaba á las labores de mujer en compañía de su madre, bajó á ocupar uno de los escritorios situados en el fondo del taller y se propuso estudiar el mecanismo de la tipografía. ¿No era esto un verdadero egoísmo tratándose de una mujer embarazada? Durante aquellos primeros meses, la inerte imprenta de David había sido abandonada por los obreros que éste había necesitado hasta entonces y que empezaron á desfilar uno á uno. Cargados de trabajo los hermanos Cointet, empleaban no sólo los obreros del departamento atraídos por la perspectiva de hacer en su casa buenos jornales, sino, además, á algunos de Burdeos, de donde acudían los aprendices que se creían bastante hábiles para sustraerse á las condiciones del aprendizaje. Examinando los recursos que podía ofrecer la imprenta Sechard, Eva sólo encontró en ella tres personas. En primer término, Cerizet, aquel aprendiz que David había llevado de París; después Marión, fiel á la casa como un perro guardián, y, por último, Kolb, alsaciano que había sido mozo de los señores Didot. Al caer soldado, Kolb fué, por casualidad, á Angulema, donde David le reconoció en una revista, en el momento en que le faltaba poco para licenciarse.

Kolb fué á ver á David y se enamoró de la gruesa Marión al descubrir en ella todas las cualidades que un hombre de su clase exige á una mujer: esa salud vigorosa que bruñe las mejillas, esas formas masculinas que permitían á Marión levantar un gran peso con soltura, esa probidad religiosa que tanto aprecian los alsacianos, esa fidelidad á sus amos que revelan á un carácter, y, por fin, esa economía á la cual debía ella una pequeña suma de mil francos y magnífica ropa. Marión, de treinta y seis años de edad, se dió por satisfecha al ver que era objeto de las atenciones de un coracero de cinco pies y siete pulgadas, bien plantado y fuerte como una muralla, y le sugirió la idea de que se hiciese impresor. En el momento en que el alsaciano se licenciaba, Marión y David le habían hecho un *oso* bastante distinguido, á pesar de no saber leer ni escribir. La composición de las obras llamadas *de la villa* no fueron tan abundantes durante aquel trimestre para que Cerizet no pudiera dar abasto. Cajista, compaginador y regente, Cerizet realizaba lo que Kant llama una «triplicidad fenomenal»; componía, corregía su composición, tomaba nota de los encargos y extendía las facturas; pero como estaba sin trabajo la mayor parte del tiempo, se entretenía en leer novelas, esperando el encargo de algún anuncio ó de alguna esquila. Marión, formada por Sechard, padre, preparaba el papel, lo humedecía, ayudaba á Kolb á imprimir, y no por eso dejaba la cocina y de ir al mercado muy de mañana.

Cuando Eva pidió á Cerizet las cuentas del primer semestre, se encontró con que los ingresos ascendían á seiscientos francos. El gasto, á razón de tres francos diarios para Cerizet y Kolb, que ganaban el uno dos y el otro uno, se elevaban á seiscientos francos. Ahora bien, como el importe de las primeras materias exigidas por las obras fabricadas y entregadas ascendía á ciento y pico de francos, Eva vió claramente que durante los seis primeros meses de su matrimonio, David había perdido los alquileres, el interés del capital representado por el valor de su material y el privilegio, la soldada de Marión, la tinta, y por fin, los beneficios que debe tener todo impresor. Después de haber comprendido en globo los medios de la imprenta y sus resultados, Eva adivinó los pocos recursos que ofrecía aquel taller, anulado por la actividad devoradora de los hermanos Cointet, que eran á la vez fabricantes de papel, perio-

distas, impresores del obispado y proveedores del Ayuntamiento y de la prefectura. El periódico que los Sechard, padre é hijo, les habían vendido dos años antes por veintidós mil francos, daba entonces diez y ocho mil francos anuales. Eva reconoció los cálculos ocultos bajo la aparente generosidad de los hermanos Cointet, los cuales dejaban á la imprenta Sechard bastante trabajo para que subsistiera; pero no el suficiente para que les pudiese hacer competencia. Al tomar la rienda de los negocios, Eva empezó por hacer un inventario exacto de todos los valores, dió orden á Kolb, á Marión y á Cerizet de que lo limpiasen y lo ordenasen todo, y después, durante una noche en que David volvía de una excursión al campo, seguido de una anciana que le llevaba un gran paquete envuelto en un trapo, Eva le pidió consejos para sacar partido de los despojos que les había dejado su padre, prometiéndole dirigir por sí sola la imprenta. Siguiendo la opinión de su marido, la señora Sechard empleó todos los restos de papel que había encontrado en imprimir á dos columnas en una sola cara, aquellas leyendas populares que los aldeanos suelen adosar á las paredes de sus cabañas, la historia del *Judío Errante*, *Roberto el Diablo*, la *Hermosa Maguelona* y el relato de algunos milagros. Eva hizo á Kolb buhonero. Cerizet no perdió un instante componiendo aquellas sencillas páginas de la mañana á la noche, y Marión era la que procedía al tiraje. La señora Chardón tomó á su cargo los cuidados domésticos, pues Eva daba color á los grabados. En dos meses, gracias á la actividad de Kolb y á su probidad, la señora Sechard vendió, en doce leguas á la redonda de Angulema, tres mil hojas que le costaron treinta francos, y que, á razón de diez céntimos, le produjeron trescientos francos. Pero cuando todas las cabañas y las chozas estuvieron tapizadas de aquellas leyendas, fué preciso pensar en alguna otra especulación, pues el alsaciano no podía viajar fuera del departamento. Eva, que lo removía todo en la imprenta, encontró en ella la colección de las figuras necesarias para la impresión de un almanaque titulado *de los pastores*, en el que las cosas se representan por signos ó por imágenes grabadas en rojo, en negro ó en azul. El anciano Sechard, que no sabía leer ni escribir, había ganado antaño mucho dinero imprimiendo este libro, destinado á los que no saben leer. Este almanaque, que se vende á cinco céntimos, consiste en una

hoja doblada sesenta y cuatro veces, lo cual constituye un 64.º de 128 páginas. Satisfecha del éxito de sus hojas volantes, industria á la que se dedican, sobre todo, las pequeñas imprentas de provincias, la señora de Sechard emprendió en gran escala el *Almanaque de los pastores*, empleando en él sus beneficios. El papel del *Almanaque de los pastores*, del cual se venden algunos millones anualmente en Francia, es más basto que el del *Almanaque liejés* y cuesta unos cuatro francos la resma. Impresa esta resma, que contiene quinientas hojas, se vende á razón de cinco céntimos la hoja. La señora Sechard resolvió emplear cien resmas en la primera tirada, lo cual hacía cincuenta mil almanaques á vender, ó sea dos mil francos de beneficio que recoger.

Aunque distraído, como debía estarlo, un hombre tan profundamente ocupado, David quedó sorprendido cuando, al dar una vuelta por su taller, oyó crujir una prensa y vio á Cerizet de pie, componiendo bajo la dirección de la señora Sechard. El día que entró allí para vigilar las operaciones llevadas á cabo por Eva, ésta creyó obtener un triunfo al oír que su marido juzgaba excelente el negocio del almanaque, tanto, que le prometió sus consejos para el empleo de las tintas de diversos colores que exige aquel almanaque, en el cual todo habla á los ojos, y por fin quiso refundir él mismo los rodillos en su misterioso taller, para ayudar á su mujer en aquella gran empresa.

Al principio de esa furiosa actividad llegaron las desoladoras cartas en que Luciano comunicó á su hermano ó cuñado y á su hermana sus fracasos y su angustia en París. Fácil es comprender que al enviar trescientos francos á aquel niño mimado, Eva, la señora Chardón y David ofrecieron al poeta, cada uno por su parte, lo más puro de su sangre. Agobiada por estas noticias y desesperada al ver que se ganaba tan poco á pesar de trabajar con tanto calor, Eva no acogió sin espanto el advenimiento que pone el colmo á la alegría de los matrimonios jóvenes. Al verse á punto de llegar á ser madre, Eva se dijo:

—Si mi querido David no ha logrado el fin de sus investigaciones en el momento de mi parto, ¿qué va á ser de nosotros?... ¿Y quien dirigirá los negocios nacientes de nuestra pobre imprenta?

El *Almanaque de los pastores* debía estar acabado sin prisas antes del 1.º de Enero; pero Cerizet, que era el encargado

de la composición, empleaba en ella una lentitud tanto más desesperante, cuanto que la señora Sechard, quo no conocía bastante la imprenta para reprenderle, se contentaba con observarle. Huérfano del gran hospicio de los Niños Abandonados, de París, Cerizet había entrado de aprendiz en casa de los señores Didot. De los catorce á los diez y siete años, este muchacho fué el seide de Sechard, el cual le puso bajo la dirección de uno de los obreros más hábiles, se interesó por él al ver que era inteligente, y se conquistó su afecto procurándole algunos de los placeres que no podía disfrutar á causa de su indigencia. Dotado de una carita esmirriada bastante bonita, de cabellera roja y de ojos azul oscuro, Cerizet había importado las costumbres del pilluelo de París á la capital de Angulema, donde se hizo temible por su viveza, su malignidad y su espíritu burlón. Ya porque su edad inspirase mayor confianza á su mentor, ya porque el impresor contase con la influencia de la provincia, es lo cierto que Cerizet, menos vigilado por David, se había convertido, en Angulema, sin que su tutor lo supiese, en el Don Juan de tres ó cuatro obreras, y se había depravado por completo. Su moralidad, hija de las tabernas de París, tuvo por única ley el interés personal. Por otra parte, Cerizet, que, según la expresión popular, debía caer soldado al año siguiente, se vio sin carrera; así es que se llenó de deudas, pensando que al cabo de seis meses sería soldado, y que entonces ninguno de sus acreedores podría correr tras él. David tenía alguna autoridad sobre este muchacho, no porque fuese su amo ni porque se hubiese interesado por él, sino porque el pilluelo de París le reconocía á David una gran inteligencia. Cerizet no tardó en fraternizar con los obreros de los Cointet, atraído hacia ellos por el poder de la blusa y por el espíritu de cuerpo, que es tal vez más influyente en las clases inferiores que en las superiores. Con aquellas compañías, Cerizet olvidó las pocas buenas doctrinas que David le había inculcado; no obstante, cuando se bromeaba acerca de las *carracas* de su taller, nombre despreciativo que daban á las prensas viejas de los Sechard, y le enseñaban las magníficas prensas de hierro, en número de doce, que funcionaban en los inmensos talleres de los Cointet, Cerizet tomaba la defensa de David y soltaba con orgullo estas palabras en las propias narices de los charlatanes:

—Con sus *carracas* mi amo irá más lejos que los vuestros con sus trampas de hierro, de las que sólo salen libros de misa. Está buscando un secreto que dejará bizcos á todos los impresores de Francia y de Navarra.

—Sí, pero entretanto, tú eres un mal cajista de á dos pesetas y tienes por ama á una planchadora—le respondían.

—Hombre, pero es guapa—replicaba Cerizet,—y su presencia es más agradable que los *morros* de vuestros amos.

—¿Acaso te alimenta la presencia de esa mujer?

De la esfera de la taberna ó de la puerta de la imprenta, donde tenían lugar estas disputas amistosas, llegaron algunos rumores acerca de la situación de la imprenta Sechard á oídos de los hermanos Cointet, los cuales supieron la especulación intentada por Eva, y juzgaron necesario detener en su vuelo una empresa que podía poner á aquella mujer en la senda de la prosperidad.

—Procuremos entorpecerle el trabajo, á fin de desanimarla—se dijeron los dos hermanos.

Aquel de los dos Cointet que dirigía la imprenta, se fué á ver á Cerizet y le propuso que corrigiese pruebas para ellos, á tanto la prueba, á fin de aliviar á su corrector, que no podía dar abasto á la lectura de sus obras. Trabajando algunas horas de noche, Cerizet ganó más con los hermanos Cointet que con David Sechard durante todo el día. De aquí nacieron algunas relaciones entre los Cointet y Cerizet, al cual le regalaron los oídos diciéndole que tenía grandes facultades y que era lástima que estuviese colocado en una situación tan desfavorable para sus intereses.

—Usted podría ser cajista de una imprenta considerable, donde ganaría seis francos diarios, y con su inteligencia, tal vez llegasen á darle participación en los negocios—le dijo un día uno de los Cointet.

—¿Y de qué puede servirme ser un buen cajista?—respondió Cerizet.—Soy huérfano, entro en quinta el año que viene, y si caigo soldado ¿quién me pagará un hombre?

—Si se hace usted útil, ¿por qué no han de anticiparle la suma necesaria para la redención?—le respondió el rico impresor.

—No será ciertamente mi amo el que tal haga—respondió Cerizet.

Esta frase fué dicha de un modo que despertaba los peores pensamientos en el que la escuchaba, pues Cerizet la

acompañó de una mirada que equivalía á la más penetrante interrogación.

—Yo no sé en qué se ocupa—prosiguió Cerizet prudentemente, al ver que el impresor no decía nada;—pero no es hombre que pueda hacer tal sacrificio, pues sé que no tiene dinero.

—Mire usted, amigo mío—dijo el impresor tomando seis hojas de *El feligrés de la diócesis*,—si tiene usted corregido eso para mañana, le daré diez y ocho francos. Nosotros no somos malos y no nos importa dar á ganar algún dinero al cajista de nuestro contrario. Podríamos dejar que la señora Sechard emprendiese el *Almanaque de los pastores*, y se arruinase; pero le permitimos á usted que le advierta que nosotros echaremos á la plaza antes que ella otro *Almanaque de los pastores*.

Ahora, fácil es comprender el porqué Cerizet hacía tan lentamente la composición del *Almanaque*.

Al saber que los Cointet iban á dificultar su pequeña especulación, Eva se aterroró y quiso ver una prueba de cariño en el anuncio que Cerizet le había hecho de la competencia que le esperaba; no tardó en sorprender en su único compositor ciertos indicios de una curiosidad demasiado viva, curiosidad que, por lo demás, quiso ella atribuir á su edad.

—Cerizet—le dijo Eva una mañana,—usted se pone en el umbral de la puerta y espera el paso del señor Sechard para examinar lo que esconde, y mira al patio cuando él sale del taller de fundir los rodillos, en lugar de acabar la composición del *Almanaque*. Esto no está bien, sobre todo viéndome á mí, que soy su mujer, respetando sus secretos y tomándome mil trabajos para que él quede libre de entregarse á los suyos. Si no hubiese usted perdido tiempo, el *Almanaque* estaría acabado. Kolb lo estaría ya vendiendo, y los Cointet no podrían hacernos ningún daño.

—¡Eh! señora—respondió Cerizet,—por dos francos diarios que gano, ¿cree usted que no es bastante que haga cinco de composición? Si yo no tuviese por la noche el trabajo que me dan los hermanos Cointet, tendría que alimentarme del aire.

—Hará usted carrera, porque veo que empieza usted á ser ingrato muy pronto—le respondió Eva ofendida, más bien que por los reproches de Cerizet, por su grosero